



Meyibó

REVISTA DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS-UABC

AÑO 9, NÚM. 17, ENERO-JUNIO DE 2019

Meyibó vocablo de la lengua cochimí, hablada antiguamente en la península de California. El jesuita Miguel del Barco (1706-1790) refiere que los cochimíes la usaban para designar la temporada de pitahayas ("principal cosecha de los indios, excelente fruta, digna de los mayores monarcas") y, por extensión, al tiempo bueno de cosecha o periodo en que el sol es favorable a gratos quehaceres.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
Instituto de Investigaciones Históricas
Tijuana, Baja California, México



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

Dr. Daniel Octavio Valdez Delgadillo
Rector

Dr. Édgar Ismael Alarcón Meza
Secretario general

Dra. Mónica Lacavex Berumen
Vicerrectora Campus Ensenada

Dra. Gisela Montero Alpírez
Vicerrector Campus Mexicali

Mtra. Edith Montiel Ayala
Vicerrectora Campus Tijuana

Mtro. Jorge Magdaleno Arenas
Secretario de Rectoría e Imagen Institucional

Dr. Rogelio Everth Ruiz Ríos

Director del Instituto de Investigaciones Históricas

CONSEJO EDITORIAL

CYNTHIA RADDING	University of North Carolina, Department of History
IGNACIO LORENZO ALMADA BAY	El Colegio de Sonora, Centro de Estudios Históricos de Región y Frontera
LAWRENCE DOUGLAS TAYLOR HANSEN	El Colegio de la Frontera Norte, Departamento de Estudios Culturales
MANUEL CEBALLOS RAMÍREZ	Universidad Autónoma de Tamaulipas Instituto de Investigaciones Históricas
MARCELA TERRAZAS Y BASANTE	Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas
MARIO CERUTTI PIGNAT	Universidad Autónoma de Nuevo León Facultad de Economía
MARICELA GONZÁLEZ FÉLIX	Universidad Autónoma de Baja California Instituto de Investigaciones Culturales – Museo
MATTHEW VITZ	University of California San Diego
MIGUEL LEÓN-PORTILLA	Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas
PAUL GANSTER	San Diego State University Institute for Regional Studies of the Californias
ROSA ELBA RODRÍGUEZ TOMP	Universidad Autónoma de Baja California Sur Departamento de Humanidades

DIRECTORES

Héctor Mejorado de la Torre
Marco Antonio Samaniego López

COMITÉ EDITORIAL

HILARIE J. HEATH	Universidad Autónoma de Baja California, Facultad de Ciencias Administrativas
MARIO ALBERTO MAGAÑA	Universidad Autónoma de Baja California, Instituto de Investigaciones Culturales
MARTHA ORTEGA SOTO	Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa
ROSA ELBA RODRÍGUEZ TOMP	Universidad Autónoma de Baja California Sur
JUAN MANUEL ROMERO GIL	Universidad de Sonora
LAWRENCE D. TAYLOR	El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana
DENÍ TREJO BARAJAS	Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas
CARLOS MANUEL VALDEZ DÁVILA	Universidad Autónoma de Coahuila

COMITÉ EDITORIAL INTERNO

Norma del Carmen Cruz González, José Alfredo Gómez Estrada,
Isabel María Povea, Ramiro Jaimes Martínez,
Olga Lorenia Urbalejo, Rogelio Everth Ruiz Ríos.

EDITOR: Marco Antonio Samaniego López.

FORMACIÓN Y DISEÑO DE INTERIORES: Paulina Wong Hernández.

Meyibó. Revista del Instituto de Investigaciones Históricas, Año 9, Núm. 17, enero-junio de 2019, es una publicación semestral editada por la Universidad Autónoma de Baja California, a través del Instituto de Investigaciones Históricas. Calzada Universidad 14418. Parque Industrial Internacional. Tijuana, Baja California, México. C.P. 22390. Teléfono y fax: (664) 682-1696, meyibo.colaboraciones@gmail.com, www.iih.tij.uabc.mx/index.php. Editor responsable: Marco Antonio Samaniego López. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2014-031218020000-102, otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor; ISSN 0187-702X. Certificado de licitud de título y contenido en trámite. Impresa por Impresora del Noroeste, calle Novena 718-1, col. Bustamante, Ensenada, Baja California, C.P. 22840. tels. (646) 176-3508 y 177-2750, impnor@gmail.com. Este número se terminó de imprimir en marzo de 2019, con un tiraje de 300 ejemplares.

Los artículos firmados son responsabilidad de su autor.

Se autoriza la reproducción total o parcial de los materiales publicados, siempre y cuando se cite la fuente.

Revista *Meyibó* [temporada de cosecha]

AÑO 9, NÚM. 17, ENERO-JUNIO DE 2019

CONTENIDO

ARTÍCULOS

- 7** La persistencia de la tradición: Frederick Jackson Turner, los turnerianos, la expansión americana hacia el Oeste.
DAVID BENJAMÍN CASTILLO MURILLO
- 47** La construcción del American West como destino turístico: clima, tierras y aguas termales, 1869-1890.
ALBERTO DÍAZ RAMÍREZ
- 85** Abigeato en el noroeste de México entre 1860 y 1870.
FRANCISCO JAVIER SÁNCHEZ MORENO
- 121** Perfil demográfico de Tijuana entre 1940 y 1950 a partir de sus Censos de Población
ENRIQUE GARCÍA SEARCY
- 165** Lenocinio y prostitución. Relaciones de colaboración y conflicto entre el Sindicato de Cantineros de Tijuana y So Yasuhara en el cabaret El Molino Rojo y el Hotel del Río de Tijuana. 1930-1942.
IVÁN DE JESÚS VÁZQUEZ FRANCECHY

RESEÑAS

- 199** Bernd Hausberger, *Historia Mínima de la globalización temprana*, México: El Colegio de México, 2018.
MARÍA TERESA MORA CORTÉS
- 211** Martínez Morón, Nylsa. La California de Baegert. Una aproximación sobre *Noticias de la península, americana de California* de Juan Jacobo Baegert. La Paz: Archivo histórico Pablo L. Martínez, 2018.
GABRIEL FIERRO NUÑO

LA PERSISTENCIA DE LA TRADICIÓN: FREDERICK JACKSON TURNER, LOS TURNERIANOS, LA EXPANSIÓN AMERICANA HACIA EL OESTE

David Benjamín Castillo Murillo

Universidad Autónoma de Baja California.
Facultad de Humanidades y Ciencias sociales,
Campus Tijuana.

Resumen: El presente artículo ofrece un panorama general de la historiografía turneriana desde fines del siglo XIX hasta el presente. Se procura revisar las influencias intelectuales detrás de la tesis sobre la frontera de Frederick Jackson Turner y su continuidad en la academia estadounidense. Es apenas un atisbo que busca evidenciar las conexiones entre el imaginario político estadounidense, la cultura popular y la tradición historiográfica turneriana que recoge y condensa la esencia de la nacionalidad americana, a costa de la exclusión de las minorías que no forman parte de esta comunidad imaginada.

Palabras clave: historiografía, frontera americana, spanish borderland, expansión, turnerianos, pioneros.

Abstract: This article offers a general overview of turnerian historiography from the late nineteenth century to the present. It is about identifying the main authors and works, and their influence in the analysis of the American westward expansion. Above all, it seeks to review the intellectual influences behind Frederick Jackson Turner's thesis on the frontier and its subsequent effects on his disciples. It is just a glimpse that seeks to

highlight the connections between the American political imagination, popular culture and the turnerian historiographical tradition that collects and condenses the essence of American nationality, at the expense of the exclusion of minorities that are not part of this imagined community.

Keywords: Historiography, American frontier, Spanish Borderland, expansion, turnerian, pioneers.

INTRODUCCIÓN¹



ace ya algunos años apareció el notable libro de Francois Hartog: *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro* (1980), donde analizó la forma en que el primer historiador de Occidente cimentó la identidad griega a partir de la exclusión del bárbaro. Para Hartog, el discurso de Heródoto proyecta sobre el “otro” los parámetros civilizatorios de la sociedad griega, sus miedos y sus prejuicios. Así, el *istor*, aquel que ha visto, “fábrica” mediante una operación retórica al no griego, al bárbaro que por su carácter nómada carece de los elementos esenciales de la *Polís* cuyo rasgo fundamental es el hacer política. Si bien Heródoto representa al otro, su discurso se convierte nos dice Hartog, en un espejo donde se refleja así mismo porque no busca comprender al bárbaro, sino más bien definirlo en sus propios términos. Mediante esta operación, Heródoto construye un sistema de alteridad en el mundo occidental que tiene ya más de 2000 años.

¹ Esta investigación se llevó a cabo durante una estancia posdoctoral en El Colegio de la Frontera Norte de 2014 a 2016. Agradezco al Dr. Luis Escala por haberme dado la oportunidad de incorporarme al Departamento de Estudios Culturales; y al Dr. Lawrence Taylor por su generosidad y apoyo durante mi estancia en El Colef. También agradezco al Mtro. Gustavo Mendoza su invaluable orientación en esta temática.

Luego con el imperio romano ya cristianizado, el otro, se transforma en el no cristiano, o “pagano” que se encuentra fuera de la comunidad de fe, en los confines del mundo civilizado, rozando como dice Pagden (1997, p. 39), los límites de la inhumanidad. Los imperios trasatlánticos del siglo XVI: Inglaterra, España y Francia, reprodujeron este sistema de alteridad heredado de Grecia, pero sobre todo de Roma para definir al otro y eventualmente para justificar su conquista. Ya en el siglo XIX, como lo planteó magistralmente Edward Said en *Orientalismo* (1978), el no occidental, es siempre definido en términos negativos por un discurso académico validado desde el poder. Desde la antigua Grecia, y para retomar la metáfora de Hartog, lo que hacemos cuando miramos al otro, es en realidad vernos a nosotros mismos en un espejo.

Si hay un espacio donde se puede ejemplificar este proceso de alteridad es en la frontera compartida entre México y Estados Unidos. Por su propia naturaleza el Oeste americano ha sido crisol de culturas sujetas a una interacción asimétrica mediada por el poder. Este lugar ha sido hogar para nativos, ingleses, españoles, franceses, angloamericanos, mexicanos y mexicoamericanos respectivamente, y cada grupo han producido sus propios discursos identitarios, siempre rivalizando y en competencia entre unos y otros. El Oeste o Norteamérica misma estuvo en disputa entre Inglaterra, Francia y España. Esta última nación habría construido un imperio transcontinental desde California hasta la Florida hacia fines del siglo XVIII. Luego emerge Estados Unidos como nueva nación, y al sacudirse el yugo inglés, habrá de convertir el antiguo septentrión novohispano en el Oeste americano. La nueva nación estará destinada a convertirse en la potencia dominante del hemisferio y habrá de heredar de su madre patria ciertas visiones sobre los “otros,” que andado el tiempo se habrán de manifestar en la cultura política, en la literatura, en el cine y finalmente en el discurso histórico mismo. En la Unión

Americana se construye, por así decirlo, una mirada sobre el “otro,” una política de la representación del que es distinto a mí, que termina por ser hegemónica, autorreferencial y excluyente. El objetivo de este texto es justamente realizar una revisión panorámica de esa representación del “otro,” tomando como base la tradición historiográfica turneriana.

El gran iniciador de los estudios sobre el Oeste americano es el historiador de Wisconsin Frederick Jackson Turner (1861-1932), cuyo legado ha sido perpetuado durante varias generaciones a lo largo del siglo XX por Ray Allen Billington, Walter Prescott Webb, David J. Weber, John Mack Faragher, Jeremy Adelman y Stephen Aron, por mencionar a los más destacados. De igual manera, en el presente estudio también se incorpora la perspectiva de otro notable discípulo de Turner: Herbert Eugene Bolton (1870-1953), quien se distinguió por estudiar la historia de la colonización española en el actual suroeste de Estados Unidos. Bolton también dejó un numeroso grupo de discípulos que a diferencia de los turnerianos, sí tomaban en cuenta el pasado hispánico de la región. Aunque como se verá a lo largo de este texto, las diferencias al final no eran tan pronunciadas como se podría pensar, pues nunca hay un verdadero rompimiento de paradigma entre Turner y Bolton.

En el caso concreto de F. J. Turner y de sus discípulos se aprecia la construcción de una narrativa histórica cuyo centro es la figura del pionero angloamericano quien cumplió el destino manifiesto al adentrarse más allá de las trece colonias originales, enfrentando innumerables peligros, venciendo a la naturaleza y aprovechando lo que otros no pudieron, para forjar una gran nación. En esta épica, se encuentra desplegada la quinta esencia de pueblo americano, la forja de sus instituciones, su éxito y la excepcionalidad de su historia. No obstante, en esta narrativa, los nativos americanos, los franceses, los españoles y los mexicanos aparecen soslayados, o sólo como

los grandes antagonistas, mientras que la figura del pionero americano es enaltecida como figura histórica que posee las cualidades únicas que sentaron las bases de la nación más poderosa del mundo contemporáneo.

La contraparte de estas perspectivas, la ofrecen los historiadores chicanos, quienes procuran a partir de los años 60's del siglo pasado en el contexto de la lucha por los movimientos por los derechos civiles, poner en el mapa de la historia estadounidense a los mexicanos y a sus descendientes antes excluidos por los discípulos de Turner. Los chicanos parecen establecer un diálogo imaginario con la academia angloamericana a través de sus textos y al mismo tiempo buscan elaborar una identidad y una representación de su cultura que escape del estereotipo impuesto por el discurso académico hegemónico. Producto de la misma coyuntura aparece la nueva escuela del Oeste (*New Western History*) hacia los años 80's; sus protagonistas son académicos de origen angloamericano que han revisado críticamente la mitificación de la historia del Oeste americano llevada a cabo por la escuela clásica turneriana. Destacan en este movimiento, Patricia Nelson Limerick, Donald Woster, y Richard Etulain, quienes han fungido una especie de conciencia crítica frente al despliegue de las energías imperiales en Estados Unidos; su discurso pretende corregir y reorientar el rumbo de la historiografía del Oeste, mostrándose más dispuestos a celebrar un diálogo intercultural y a reconocer los estragos sufridos por los nativos a manos de los angloamericanos. Este trabajo es apenas un esbozo para comprender una tradición historiográfica que desde el otro lado de la frontera, nos define a todos los que habitamos el sur siempre en términos excluyentes. Con esto no se busca denostar el discurso historiográfico sobre el Oeste construido por los académicos angloamericanos ya citados, más bien lo que se pretende es revelarlo y en la medida de lo posible comprenderlo.

FREDERICK JACKSON TURNER Y LA ÉPICA EXPANSIÓN HACIA EL OESTE.

El primer gran exponente de la historiografía del Oeste es Frederick Jackson Turner (1861-1932) originario de Wisconsin, quien trascendió por su tesis sobre el impacto de la frontera en la formación de las instituciones americanas. En su ensayo “La significación de la frontera en la historia norteamericana” leído en la feria mundial de Chicago en 1893, planteó que la esencia americana estaba ejemplificada en la conquista del Oeste llevada a cabo por los angloamericanos. La premisa de Turner es que el medio fronterizo fue clave para una rápida y efectiva americanización de la población europea que emigraba hacia los Estados Unidos. Poco a poco las tierras del Oeste se transformaron por la mano del campesino europeo, quien en su lucha contra el medio, se transformó en alguien completamente nuevo y por ende genuinamente americano (Turner, pp. 33-34).² En este proceso el pionero deja atrás su pasado europeo para renacer con grandes cualidades luego de su lucha contra el medio, como la autonomía, la determinación y espíritu de libre empresa (Turner, p. 44). Así, la frontera, se convierte en la forja de lo que es auténticamente americano, con todos sus contornos bien perfilados.

Posteriormente en otro ensayo: “*The problem of the West*” (1896) retoma estas ideas, al señalar que la historia de las instituciones políticas de la Unión Americana no era una reedición de los procesos ocurridos en Europa, sino más bien un proceso de adaptación y una respuesta evolutiva de los americanos ante el ambiente, dando origen una nueva especie política cuyo valor máspreciado era la democracia (Turner, p. 62). Las tierras de frontera engendraron una sociedad que promovía la libertad individual tanto como la igualdad; para el pionero las

² Todos los ensayos de Turner usados en el presente trabajo son tomados de *Rereading Frederick Jackson Turner, with Commentary* by John Mack Faragher, Nueva York, Henry Holt, 1994.

regulaciones heredadas eran obstáculos a vencer y pronto se acostumbró a resolver sus problemas solo y generar nuevas formas de asociación donde la voluntad popular se hacía escuchar. Estos hombres fueron, en opinión de Turner, los antecesores de los grandes líderes americanos como Clay, Jackson, Harrison y Lincoln, (Turner, p. 68). Sobre estos personajes es que la unión americana cimentó su grandeza, pues encabezaron el avance “inexorable” hacia el Oeste, que no era otra cosa que la realización de un plan providencial culminado con la conquista de la costa del Pacífico (Turner, p. 73). Para Turner, el Oeste es un vasto espacio abierto que simplemente estaba a la espera de la llegada del explorador, del cazador, del trampero, del *cowboy* y del granjero angloamericano. Si bien estos hombres se caracterizaban por su primitivismo, también estaban dotados de una fuerza única propia del aventurero que arriesga el todo por el todo. Hay desde luego en este trazo de la historia americana, una idealización del hombre de frontera que nos remite a la tradición política jacksoniana y sobre todo al culto popular al pionero desarrollado por novelistas del siglo XIX como James Fenimore Cooper (1789-1851).³

En efecto, en los ensayos de Turner se puede observar con claridad la glorificación del legado de la presidencia de Andrew Jackson, quien según Turner, era esencialmente un pionero convertido en gobernante. En *Contributions of The West to American Democracy* (1903), señala que Jackson es el prototipo del tenaz y enérgico *pioneer* convertido en el general que amplía el territorio americano, luego de ganar la “guerra” contra los indios, y que posteriormente se distingue por su valor y capacidad en la guerra de 1812 contra los ingleses (Turner, p. 86). Jackson marcaba pues, la línea que habría de seguir otros “hombres de

³ Cooper escribió cerca de ocho novelas de aventuras donde se narran los enfrentamientos de los pioneros con los nativos americanos, entre las que destaca *El último de los mohicanos* (1826), que luego habría de inspirar la película homónima en 1992.

frontera” como James Polk y Zachary Taylor (Turner, p. 87). Turner amplía estas ideas cuando hace referencia a la disputa librada entre la facción del norte cuyo modelo de desarrollo era la industria, frente a los sureños para quienes el progreso estaba ligado a la obtención de territorio como base de una economía esclavista. Si bien Turner no se pronuncia como esclavista, sí se empeña en demostrar que el alma de los Estados Unidos y de su grandeza económica inicia en los bosques en los que se adentraron los pioneros para conquistar la naturaleza salvaje de aquel espacio. En esos términos, está claro para Turner que la democracia americana es el resultado de la lucha entre el hombre y el medio. Esta democracia, es concebida como la oportunidad para todos de tener una vida mejor, donde la libertad individual es respetada, y donde el progreso y el ascenso social están garantizados para quien se esfuerce y trabaje duro (Turner, p. 98).

Lo que emerge de la lucha entre el pionero y el medio en aquella tierra “vacía” es el *ethos* del pueblo americano, que según Turner debe ser cuidado y perpetuado. Hacia fines del siglo XIX estaba claro para Turner que al haberse consumado ya la conquista del Oeste, el espíritu expansionista de América corría el riesgo de desvirtuarse, debido al incesante e imparable proceso de industrialización encabezado por el norte (Turner, p. 93). En esta postura, se puede apreciar con toda claridad los ecos del programa ideológico Jacksoniano que observaba en la industrialización, el origen de todos los males de Estados Unidos. Lo que se debía evitar a toda costa según Turner, era caer en el mismo proceso que había hecho de Europa un continente envejecido y plagado de problemas sociales. Esta perspectiva queda manifestada en su ensayo *Social Forces in American History* (1910), donde busca demostrar que el monopolio industrial ponía en riesgo la igualdad de oportunidades para los hombres libres, lo cual constituía un claro ejemplo de que se estaban abandonando los principios de la democracia pionera (Turner, p. 125). En ese plano como dice Donald Worster (1992, p. 6),

lo que emerge en el discurso de Turner, es el mito agrario que concebía al lejano Oeste como un paraíso perdido donde se podía edificar una nueva sociedad libre ya de los problemas que los pioneros habían enfrentado en sus lugares de origen, como la pobreza y las divisiones raciales y religiosas. Esa es pues la situación histórica y el horizonte de Frederick Jackson Turner.⁴

Podemos decir que Turner no inventa nada nuevo, pero si retoma elementos del programa ideológico expansionista encabezado por Andrew Jackson y de la literatura popular que había erigido como héroe nacional, al trampero, al cazador, al

⁴ Hans Georg Gadamer descubrió en *Verdad y método* (1993, pp. 331- 334) una forma de conciencia histórica donde todo intérprete de la realidad está situado históricamente, determinado por el tiempo y las circunstancias que vive. El intérprete hereda en esta situación histórica prejuicios, que devienen en lo que Gadamer llama tradición, y que guían la comprensión del pasado, y al mismo tiempo condicionan su mirada al futuro. El horizonte es pues producto de esa situación histórica y es definido por Gadamer como lo que abarca la mirada desde una posición determinada. Y esto es lo verdaderamente revolucionario en la tesis de Gadamer, pues la conciencia histórica siempre está constituida por dos polos en tensión, la situación histórica y el horizonte temporal, es decir nuestro contexto histórico con todas sus herencias siempre generan visiones del futuro, que se transforman a medida que avanzamos en nuestra trayectoria vital. Reinhardt Koselleck, discípulo de Gadamer, tradujo esta tesis de la hermenéutica filosófica al campo de la historia conceptual, al señalar que existen dos categorías metahistóricas para tematizar nuestra percepción de la temporalidad histórica: espacio de experiencia y horizonte de expectativa, y estas se entrelazan para generar un futuro del pasado (*Futuro Pasado*, 1979). Para tematizar esta forma de conciencia histórica, Koselleck toma como elemento de análisis los conceptos que son parte de un vocabulario político, revolución por ejemplo. Estos conceptos son claves o índices temporales, y adquieren un significado en un espacio determinado o en un contexto histórico y prefiguran una aspiración de cambio social: un horizonte de expectativa. En el caso que aquí nos ocupa, Turner está en una situación histórica, en un espacio de experiencia: el final del proceso de expansión hacia el Oeste y el triunfo del modelo industrial del norte a fines del siglo XIX. En el lenguaje gadameriano, se diría que sus pre-juicios o la tradición que lo afecta es la ideología imperial jacksoniana y que entonces su horizonte de expectativas sería, la esperanza que tiene en la reactivación de las energías imperiales de Estados Unidos, aparentemente extintas luego del fin de la expansión hacia el Oeste, al recuperar los valores propios de la era de los pioneros.

granjero. Lo que sí hace Turner es amalgamar estos elementos y convertirlos un relato histórico, justo en el momento en que parecía agotarse el combustible que propulsó el expansionismo estadounidense: el hambre por la tierra, luego del triunfo del norte y de la derrota del programa agrario jacksoniano, a fines del siglo XIX. También en ese momento se consolida en la universidad estadounidense el método histórico importado de Alemania, sentando así las bases de la génesis de una conciencia histórica, que luego habría de ser reproducida y difundida por diversas vías. Turner, recupera pues en la forma de un relato histórico, la vía para continuar con la ruta que había encumbrado a Estados Unidos como potencia hemisférica, y que a su juicio corría el riesgo de morir a manos del proyecto industrial norteño. Al hacer esto, Turner funda una corriente historiográfica, que deviene en metarrelato cuyo tropo central es el pionero angloamericano que se adentra en un continente “supuestamente vacío” para transformar el paisaje salvaje de América, en la cuna de un nuevo imperio.

LOS TURNERIANOS: RAY ALLEN BILLINGTON Y WALTER PRESCOTT WEBB.

La tesis de la frontera de Turner orientó a la siguiente generación de historiadores del Oeste, entre los que destaca Ray Allen Billington (1903-1981). En *The Westward Expansion: A history of the American Frontier* (1949), desarrolla en todo su esplendor la idea de que nada contribuyó más al desarrollo del pueblo estadounidense y de sus instituciones, como la experiencia en la frontera. Billington (1971, p. 19) señala que el gran Oeste americano era un territorio virgen a la espera del pionero angloamericano quien gracias a su valor y determinación lo convirtió en un espacio productivo. De igual forma, señala que la sociedad de frontera le dio a Norteamérica instituciones con características

únicas, no compartidas por el resto del mundo, (Billington, p. 21). Lo que estaba apenas esbozado en los ensayos de Turner, aparece ya documentado en la monografía de Billington, quien hace desfilar por su obra a tramperos, cazadores, montañeses, recios vaqueros y al “incansable y tesonero agricultor quien ha-cha en mano se encaminó hacia el Oeste hasta que las fronteras de su nación tocaron la costa del Pacífico” (Billington, p. 27). En esta perspectiva, Billington no puede negar la presencia de los colonizadores españoles a los que caracteriza como “hombres crueles, devotos, aguerridos e implacables, que marcaron la senda de la conquista y la salvación hacia el Oeste plantando la bandera de su Rey y la cruz de su fe por toda la faz del continente” (Billington, p. 37). Para luego acusar a la Corona española de no haber podido enviar colonos para ocupar los vastos territorios americanos debido a su preferencia por la seguridad del suelo natal o por carecer del espíritu de empresa que sí tenían los pioneros angloamericanos. En este plano de argumentación, Billington al igual que Turner, reproduce las mismas tesis ya conocidas desde el siglo XIX sobre la expansión hacia el Oeste como parte de un plan providencial para construir un imperio con instituciones únicas y marca una clara división entre la América puritana y la América hispana.⁵

Esta interpretación no era nueva, pues como señala Richard Kagan (2002), la visión de las dos Américas, una de las cuales es sinónimo de modernidad y desarrollo, mientras que la otra es el equivalente del atraso, el fanatismo y la incapacidad para colonizar el Oeste, comenzaron a ser articuladas en la historiografía estadounidense sobre América Latina por William Prescott (1796-1859), quien en su *History of the Reign of Ferdinand*

⁵ El tópico de la leyenda negra ha sido estudiado con profundidad entre otros por Ricardo García Cárcel (1992, p. 28), quien determina que esta opinión antihispánica surgida en el siglo XVI, es uno de los costes de la hegemonía española, y fue alimentada por diversos panfletos entre los que destaca irónicamente la *Brevísima destrucción de las Indias de Bartolomé de las Casas* (Sevilla 1552).

and Isabel (1837) sigue los estereotipos de la leyenda negra cultivada en Inglaterra desde el siglo XVI, pues pintaba a los españoles como un “pueblo víctima de los desastrosos efectos del absolutismo monárquico y del catolicismo romano” (Prescott, p. 232). El atraso económico, el estancamiento intelectual y la decadencia moral, eran en su opinión, los efectos más nítidos del fracaso del imperio español y de su incapacidad para seguir el camino de la modernidad claramente orientado por las naciones protestantes. En este caso, la narrativa de Billington, está influenciada por este modelo interpretativo, al mismo tiempo que se ve claramente la tesis del excepcionalismo americano y del destino manifiesto ya incorporadas en su discurso histórico.

De igual manera, Walter Prescott Webb (1888-1963) ha sido asociado con el paradigma turneriano. Es autor de libros fundamentales sobre el Oeste americano como *The Great Plains* (1931), *The Texas Ranger. A Century of Frontier Defense* (1935) y *The Great Frontier* (1952). Lo que distingue a Webb de los anteriores autores es el miedo al que está del otro lado de la frontera. En *The Texas Rangers* (1935) se aprecia una interpretación marcadamente chauvinista de la colonización del Oeste, pues señala que en Texas había desde el siglo XIX un conflicto entre 3 civilizaciones: los nativos, los mexicanos y los angloamericanos, por lo que fue necesario crear un cuerpo armado rural como los Texas Ranger para imponer el orden (Webb, 1935, p. 19). Los Rangers surgen a instancias de Stephen F. Austin durante la Revolución texana, luego de que este último fue capturado por los Comanches. Su labor pues, era mantener a raya a indios y mexicanos en la frontera y proteger la integridad de los colonos angloamericanos.

En este proceso narrado por Webb hay una reivindicación de la identidad texana, pues señala que en la región se sabía muy bien cómo enfrentar el “problema” indio, a pesar de los obstáculos y reglas del “Tío Sam” (p. 127). Aún en la década de

los 30s, Webb afirma que el “asunto” con los nativos debía ser resuelto de manera eficiente por la vía armada, o mediante el exilio, y que era deber de un texano matar a un indio si regresaba y luego averiguar sus intenciones (p. 171). Lo que Webb dice de manera clara es que desde la perspectiva texana, un buen indio, es un indio muerto.

En esta representación, los mexicanos no salen mejor librados que los nativos, pues Webb los pinta como humildes y sumisos. De igual manera denuncia la presencia del “forajido” Juan N. Cortina que dirigía incursiones primero contra la república de Texas y después contra la república confederada durante la guerra de secesión.⁶ Webb se detiene con algún detalle en las acciones de este “bandolero” y su actuación le sirve para justificar la permanencia de los *Rangers* en una zona fronteriza que ya comenzaba a ser vista desde el siglo XIX como problemática y peligrosa; lo cual también sirvió de paso para legitimar el uso de la violencia en contra de la población texana de origen mexicano.

De manera preliminar, con lo expuesto hasta aquí se puede ver ya la continuidad de una tradición historiográfica que se va reproduciendo en el espacio institucional, aunque aún no que quede muy claro el cómo, o cuáles son las correas de transmisión de esta visión sobre el Oeste. Lo que podemos documentar es que Turner elaboró una interpretación y una representación que se volvió hegemónica sobre la expansión hacia el Oeste, y que esta ha sido desde entonces fielmente reproducida y actualizada por sus herederos. Billington por ejemplo, desde su situación histórica, la posguerra, relanza la

⁶ Cortina (1824-1894) peleó contra la guerra de 1848 y fue gobernador de Tamaulipas; luego encabezó una serie de incursiones en Texas entre 1859 y 1861 que le granjearon la profunda enemistad de los hacendados texanos. Incluso participó en la guerra civil de Estados Unidos, a favor del lado confederado, y después peleó contra la intervención francesa. A pesar de apoyar a Díaz en su ascenso al poder, fue arrestado por éste y encarcelado, al poco tiempo fue liberado para morir en la ciudad de México en 1894.

tesis de Turner y sobre todo logra desarrollarla en una monografía sobre la conquista del Oeste que también se volvió canónica. Lo que Turner dejó inconcluso y apenas esbozado en ensayos, por fin quedó demostrado “empíricamente” en el texto de Billington quien se dedicó como pocos a exaltar el legado de quien consideraba su maestro. Quizá el ascenso como potencia mundial de Estados Unidos, le daba a la tesis de Turner un impulso formidable, pues esa expansión que se había agotado con la conquista del continente, podía ahora relanzarse a nivel planetario. El límite ya no era el Oeste o el hemisferio occidental, sino el mundo entero; esta idea fue ensayada por el mismo Prescott Webb, en *The Great Frontier* (1952).

Billington y Webb son continuadores de la interpretación turneriana de la historia, pero al mismo tiempo agregaron otros elementos a la idea del pionero como único protagonista de la historia americana. En primer término hay un marcado chauvinismo en su discurso y una clara marginación de los grupos no anglos en sus narrativas sobre la frontera; también realizan una representación distorsionada de la hispanidad y por último, consideran que Estados Unidos debe expandir sus fronteras a nivel planetario. Este marco interpretativo queda largamente arraigado entre un gran número de autores probablemente perpetuado desde la misma universidad estadounidense. Con ellos, prevalece la perspectiva del pionero angloamericano como hacedor de una sociedad con instituciones únicas y excepcionales, dotado de una proclividad a la expansión y a la libertad para emprender y superar obstáculos inimaginables.

DE LA LEYENDA NEGRA A LA “HISPANOFILIA.”

A pesar de lo arraigado que estaba el prejuicio antihispánico en la historiografía profesional estadounidense en el XIX, de manera paralela también se puede observar la aparición de

cierta corriente hispanofílica. Según Benjamin Keen (1985, p. 659) la simpatía por la hispanidad aparece de manera ambivalente en *A History of the Life and Voyages of Christopher Columbus* (1828) del escritor Washington Irving (1783-1859) quien cuestiona el “atraso” español, pero al mismo tiempo celebra su carácter rural y pintoresco. Luego el suizo Adolph Bandelier fue pieza clave para reivindicar el legado colonial español, al igual que su discípulo Charles Fletcher Lummis en *The Spanish Pioneers* (1893) donde exaltó el trabajo civilizatorio que los españoles llevaron a cabo con los indígenas de América (Nieto-Phillips, 2004, p. 147). En esta lista también merece especial mención Lebaron Bradford Prince, otro notable hispanófilo quien desde 1880 hasta 1920 trabajó incansablemente para que los anglos y los mexicanos recuperaran con orgullo su “pasado” hispánico como puede verse en su *Historical Sketches of New Mexico* (1881). Este punto de vista sería refinado posteriormente y daría paso a una “leyenda blanca” sobre la hispanidad, que desde luego no cuestionaba la superioridad política del grupo angloamericano en la Unión Americana. Ambos autores, Fletcher Lumis y Bradford Prince convirtieron a los conquistadores españoles en “pioneros” y esta operación retórica la habría de culminar un discípulo de Turner, Herbert Eugene Bolton.

Como señala Helen Delpar (2008, p. 40), la Universidad de California se encarga de impulsar la investigación sobre el mundo hispánico desde el siglo XIX. Ahí surge el campo de los estudios latinoamericanos encabezado por Bernard Moses, Edward G. Bourne, William R. Shepherd, Charles Chapman, Herbert Priestley y por el ya mencionado Herbert Eugene Bolton. Este último, creció en una zona rural de Wisconsin, de donde era también F. J. Turner. Después de que Bolton termina su doctorado en la Universidad de Pennsylvania, tiene un breve paso por la Universidad de Texas donde encuentra que todas las cátedras que le interesan están ocupadas, el único nicho que

encuentra es el de la historia de los españoles en el suroeste, lo que sería determinante para el resto de su carrera, pues aunque no se queda en ese lugar se especializa en ese campo de estudios. Luego de un breve paso por Stanford, llega a la Universidad de California en Berkeley la que finalmente será su casa definitiva (Delpar, p. 41). Ahí encontró el clima propicio para desarrollar sus intereses, pues además del ya mencionado Bernard Moses también se encontraba ahí Henry Moore Stephens quien había comenzado un programa de historia hispanoamericana en 1902 y había negociado la compra de la biblioteca Bancroft.

En la trayectoria de Bolton es determinante su relación con J. Franklin Jameson del Departamento de Investigación histórica del Instituto Carnegie, quien lo llamó para que elaborara una guía documental sobre la historia de Estados Unidos. Bolton pasó un año entero en archivos mexicanos y como fruto de este trabajo publica *The Guide to Materials for the History of the U.S in the Principal Archives of Mexico* (1913). La misión de Bolton a los archivos mexicanos, era como señala Samuel Truett (2006, p. 219), parte de una política cultural que iba de la mano de la expansión comercial estadounidense hacia México durante el régimen de Díaz.

Además de la guía de archivo, Bolton publica algunas obras sobre la exploración de los españoles en el suroeste y el diario del misionero jesuita Eusebio Francisco Kino. Esos trabajos son de cierta relevancia, pero será *The Spanish Borderlands: A Chronicle of old Florida and the Southwest* (1921), donde exponga ya con cierta claridad la idea de considerar el periodo colonial español en el suroeste como parte integral de la historia de los Estados Unidos. Para ello, caracteriza a los españoles como “pioneros” tratando de alejarse del estereotipo negativo largamente cultivado sobre la hispanidad en Inglaterra y en Estados Unidos (Truett, 2006, p. 215).

En lugar de usar la noción de *frontier* de Turner, Bolton prefiere el concepto de *Borderland*, o tierra limítrofe que

describe a las regiones comprendidas entre California y Florida sobre las cuales España ejerció su dominio antes de pasar a manos de los Estados Unidos en el siglo XIX. Y para ello traza un cuadro heroico de los conquistadores españoles en el suroeste, que claramente se contrapone al legado interpretativo de autores como William Prescott. Así Bolton transforma a los españoles en “pioneros” americanos, pues en las biografías dedicadas al misionero jesuita Eusebio Francisco Kino, al explorador Francisco Vázquez de Coronado y a Juan Bautista de Anza, el fundador de San Francisco, se exalta su espíritu aventurero y su accionar civilizado, pues ninguno de ellos tuvo fama de sanguinario, a diferencia de las figuras que desfilaron por la *Brevísima destrucción de las Indias* escrito por Bartolomé de Las Casas, en el siglo XVI y que durante siglos alimentó paradójicamente la leyenda negra sobre la conquista española.

Esta simpatía hacia los españoles y la aceptación de su presencia en el suroeste americano, no es como se ha pretendido ver, un auténtico rompimiento con la visión turneriana de la historia, pues en realidad nunca la pone en duda. Reconoce la presencia española en el Septentrión, pero convierte en pioneros a los frailes y exploradores españoles y luego como señala Samuel Truett, Bolton no cuestiona la superioridad angloamericana en el oeste porque la historia de los *spanish borderlands* luce como un pasado remoto que no interfiere con ciertos orgullos regionales como el texano, ni cuestionaba en el plano real, la división racial y cultural de la unión americana (2006, p. 216). En Bolton pesaba el cariz de las relaciones interamericanas y términos claros, la política de Estados Unidos hacia América Latina que en la década de 1930 se había alejado de la Doctrina Monroe, para promover la perspectiva del buen vecino (Truett, 2006, p. 226). Así la historia del Oeste seguía siendo asunto de “pioneros,” sin importar que fueran españoles o anglos, borrando con esto la división entre las dos Américas.

Este trasfondo ideológico se puede palpar en un discurso que dio Bolton en su calidad de presidente de la *American Historical Association* en 1933, titulado “*The Epic of Greater America*.” En primera instancia, señala que el término América debe usarse para referirse a todas las naciones del continente y no solo para los Estados Unidos. Con ello busca deshacerse de la primera barrera conceptual que frecuentemente divide a los Estados Unidos, de las naciones latinoamericanas y pone de manifiesto las semejanzas antes de las diferencias entre sí. Para Bolton, todas las naciones americanas están constituidas sobre la base de las mismas experiencias históricas, pues tiene como origen Europa y comparten procesos similares como la colonización y el mestizaje. También destaca el hecho de que todas las naciones heredaron instituciones europeas y que iniciaron un desarrollo económico utilizando la mano de obra indígena y de los esclavos traídos de África. De igual manera, menciona que en toda América existieron líderes que encabezaron la lucha por la emancipación de las metrópolis europeas, como Washington, Hidalgo, Bolívar y San Martín.

No obstante y a pesar de toda su buena voluntad, en el discurso de Bolton también se hacen patentes las diferencias nacionales en los procesos históricos continentales. La primera inconsistencia en el discurso de Bolton, reside justo en la imposibilidad que tiene éste para eliminar de su interpretación histórica, los efectos palpables del accionar imperial estadounidense. Sobre la Doctrina Monroe (1823), por ejemplo, afirma que su esencia era defensiva ante la amenaza de las potencias europeas de volver a reconquistar a sus antiguas colonias y que en modo alguno debía verse como una declaración imperialista. No obstante, Bolton no puede negar que la dinámica expansionista de los Estados Unidos se sintió con toda su fuerza en la guerra de 1847. Tampoco puede Bolton evitar ponderar la imagen del pionero, del trampero y cazador de pieles que atraviesa toda Norteamérica para cumplir su destino manifiesto. Estas

inconsistencias fueron en su momento exhibidas por Edmundo O' Gorman, develando su trasfondo ideológico. El legado de Bolton fue el de haber construido una historia del Oeste donde se incluyó a los españoles, aunque como se ha mostrado no escapó de las visiones románticas sobre la conquista española y le fue imposible dejar atrás cierta ambivalencia hacia lo hispánico que caracterizó a muchos estudiosos de su generación.

DAVID J. WEBER: EL HERALDO DE LA TRADICIÓN TURNERIANA.

La perspectiva de Bolton fue retomada en alguna medida por sus numerosos discípulos, entre los que destacan John Francis Bannon, Max Moorhead, Jack D. Forbes, Donald C. Cutter, Frances Scholes, Donald Worcester y David J. Weber, cuyos temas casi siempre giran en torno a la presencia de la colonización española y su influencia en el suroeste americano (Taylor, 1996, p. 54). En este plano destaca la obra de Bannon, *The Spanish Borderlands frontier* (1970) quien tiene por mérito haber realizado una de las primeras síntesis de la colonización española en el suroeste. Aunque Bannon sigue la estela de su maestro, su visión de la hispanidad es más crítica; o para decirlo de forma más puntual, su análisis del proceso de colonización española en el suroeste termina por regresar al paradigma de Prescott, al señalar que los pioneros angloamericanos fueron más efectivos en sus métodos de poblamiento que la de sus competidores españoles. Sobre este punto, David J. Weber (1988, p. 38) señala que Bannon es más ostensiblemente un boltoniano, pues no hace referencia a las tesis de Turner. No obstante, el propio Bolton tenía una influencia turneriana, puesto que como ya se mencionó convirtió a los misioneros y los conquistadores españoles en "*american pioneers*", de ahí que la aparente diferencia entre turnerianos y boltonianos termine por desvanecerse.

De hecho el mejor ejemplo de esta fusión es precisamente la propia obra de David J. Weber (1940-2010), quien fue quizá el estudioso más importante del suroeste americano en el siglo XX. Aunque el mismo se reconocía como un boltoniano de segunda o tercera generación, su tesis doctoral fue sobre los tramperos de Taos, Nuevo México y su papel en el comercio de pieles a gran escala, donde lo que se observa es más la huella de Turner, que la de Bolton. En *The Taos Trappers. The fur trade in the Southwest, 1540-1846* (1971), se documenta la historia de los angloamericanos convertidos en comerciantes de pieles de castor, en un espacio en transición política como fue Nuevo México en el siglo XIX. Weber señala que Taos era una localidad estratégica para los tramperos quienes la tomaron como base para abastecerse y desde ahí hacer de la caza del castor una incipiente industria. En primer término, Weber establece que los españoles no habían explotado el comercio de pieles por varios factores que van desde el clima, pasando por la explotación de metales preciosos, hasta la falta de una clase media comerciante en el Virreinato (p. 190). En cambio, indica Weber, el impulso de los pioneros angloamericanos era imparable y aunque señala que el comercio de pieles era limitado advierte que estos hombres de frontera constituían un claro ejemplo de la entereza, determinación y el espíritu de empresa que corría por su sangre y sobre todo plantea que constituyeron la vanguardia para la conquista del Oeste. Al respecto, toma como un ejemplo claro a Christopher “Kit” Carson (1809-1868) trampero, comerciante, explorador y agente indígena quien eventualmente llega a ser uno de los héroes típicos del suroeste. En su texto, Weber señala que el comercio de pieles, comenzó a declinar hacia 1830, no obstante los pioneros angloamericanos había llegado para quedarse y para convertirse en los aliados de la invasión estadounidense (p. 229). Con esto, Weber busca como señala en su prefacio, sacar a la luz una historia jamás contada sobre la importancia del trampero como pionero y heraldo del Destino manifiesto.

Después de su texto sobre los tramperos de Taos, Weber escribe *The Mexican frontier, 1821-1846* (1982), donde aborda la historia del Suroeste americano durante su breve etapa mexicana que va de 1821 a 1846. El tono que usa Weber en general es conciliatorio, pues reconoce que las historias producidas anteriormente estaban llenas de estereotipos hacia los españoles y mexicanos, como la *California Pastoral* (1888) de H. H. Bancroft. Luego procede a establecer causas por las que México no pudo tener control de las vastas regiones del Suroeste que incluía a los actuales estados de California, Arizona, Nuevo México, y Texas, entre las que destacan la inestabilidad política, la lejanía y las constantes variaciones del modelo de gobierno que oscilaba entre el federalismo y el centralismo (pp. 61-67). Precisamente el centralismo afectó, según Weber, las relaciones entre la capital y las lejanas provincias de California y Texas cuyos asuntos regionales permanecieron ignorados. Para Weber, el olvido, la insensibilidad y la incapacidad fueron las constantes de los gobiernos mexicanos hacia aquellas regiones (p.78). Además, observa que las antiguas instituciones misionales fueron ya incapaces de operar pues la Iglesia católica no pudo cumplir su misión de cristianizar a los indígenas, en parte por la lejanía, a lo que se agregó la hostilidad del medio y la falta de vocaciones. La región además de estar escasamente poblada, no contaba con suficiente presencia militar, lo que impidió la pacificación de los indígenas, y propició la llegada de los pioneros anglos (p. 175).

En este proceso, los territorios del Norte de la joven república mexicana parecían irremediablemente perdidos, nos dice Weber, debido al proteccionismo económico primero de España y luego de México que impidió el desarrollo de la región, de ahí que a su juicio fueron los colonos estadounidenses llegados a estos territorios los que acabaron beneficiándose de la riqueza que enviaron hacia la Unión Americana. Casi todas las actividades económicas terminaron por ser más boyantes con

los anglos. La agricultura, la industria vinícola, la maderera, el comercio de pieles y de sebo, además de la minería, produjeron grandes utilidades que fueron distribuidas por comerciantes anglos a lo largo y ancho de Estados Unidos e incluso en Europa (pp. 202-203).

La otra gran batalla perdida en aquella frontera, según Weber, fue la del poblamiento de la región, o más bien, se pobló, pero no de mexicanos, sino de angloamericanos. Efectivamente una verdadera avalancha de colonos anglos se dejó sentir, pero no se asimiló nunca a la joven nación, pues se consideraban superiores a los mexicanos. Así, la suerte parecía estar echada pues después de Texas, California y Nuevo México fueron los siguientes estados en caer en manos de los colonos angloamericanos (P.225). En este plano, Weber exalta el legado de personajes como John Bidwell, líder del primer grupo de inmigrantes que en 1841 hizo el primer viaje por tierra desde el Este a California. De nueva cuenta aparece en su discurso la historia del pionero que en su carromato atraviesa toda Norteamérica, con el afán de buscar una vida mejor (p. 271). Con esto Weber, recupera el tropo central de la narrativa turneriana.

Llegado a este punto, lo que parece insinuar el autor es que Estados Unidos no le arrebató estos territorios a México, sino que fueron los mexicanos los que no supieron defender sus fronteras debido a que heredaron un sistema de colonización ineficaz. Así Weber pondera en extremo que la vigorosa corriente de poblamiento de anglonorteamericanos dotados de un fuerte espíritu de empresa, superó con creces a los mexicanos, quienes no poseían la visión empresarial ni la capacidad para sacarle provecho a la “mina de oro” que tenían bajo sus pies. Otro error que cometieron los españoles y los mexicanos a juicio de Weber, fue que “trataron de asimilar a los indios americanos en vez de hacerlos retroceder de o de aniquilarlos” (p. 369). En efecto, parece decirnos Weber, a los indios había que tratarlos como lo hizo Andrew Jackson, reservación o muerte, o como diría

Prescott Webb en su texto sobre los *Rangers de Texas*, un buen indio, es un indio muerto.

En este punto Weber se adhiere por completo a la visión histórica de Billington, para quien simplemente los colonos americanos llegaron mejor equipados que los españoles o mexicanos, en términos de una cultura moderna dinámica orientada hacia el mercado con instituciones democráticas fermentadas en el Este americano (p.374). Esto les dio ventajas considerables a sus herederos en la frontera para consolidar un país próspero y encaminado a ser protagonista en el sistema capitalista mundial, dejando en las márgenes del subdesarrollo a México (p.375). De hecho esta perspectiva del sur siempre subdesarrollado debido a una herencia colonial hispánica, puede observarse como señala Pedro San Miguel, en toda la corriente de historia económica sobre Latinoamérica cultivada en Estados Unidos. Por ejemplo, John Coatsworth un destacado miembro de esta escuela, ve a la colonia como la génesis del subdesarrollo de la nación mexicana, y el atraso económico de los mexicanos como una inercia generada por un sistema paternalista, corporativista y poco proclive a fomentar la libertad individual y la libre empresa como el de los borbones españoles (San Miguel, 2016, p. 79).

La obra de David J. Weber fue prolífica y admirable en muchos sentidos, pero en su obra se nota una fidelidad a la tradición historiográfica turneriana, y sobre todo una marcada influencia de Ray Allen Billington, perpetuando con ello, el mito del pionero americano, y haciendo de paso apología del expansionismo americano. No hay pues en su discurso intención de comprender al otro, sino de perpetuar una visión histórica hegemónica que recela del sur, de la frontera con México. El horizonte de Weber es el de los “mojados”, pues le toca ser testigo del incremento del flujo de inmigrantes latinoamericanos hacia Estados Unidos hacia la década de 1960. De Bolton, si acaso Weber habría heredado su interés por la colonización española en el suroeste, pero como hemos querido dejar en claro,

en su discurso no hay precisamente empatía hacia lo hispánico. Si bien hay que reconocerle que hizo una reivindicación de los mexicoamericanos, y dedicó alguno ensayo a estudiar el origen del prejuicio antimexicano en los Estados Unidos⁷, sus historias no tienen como objetivo crear una narrativa incluyente del poblamiento del Oeste, sino reafirmar quién y por qué es auténticamente “americano”, y en ese universo la gente que viene del sur, no tiene cabida.

LA DISIDENCIA DE LA POSGUERRA Y EL FIN DE LA ESCUELA DEL “CONSENSO”.

Peter Novick, autor de un espléndido trabajo sobre la historia profesional en la Unión Americana sostiene que los historiadores estadounidenses formados en la tradición decimonónica alemana escribieron sus obras en torno a un valor central: la objetividad. No obstante como el propio Novick señala (1997, p. 497), desde el siglo XIX hasta la década de 1960, este principio sirvió más para encubrir un consenso ideológico y purgar de cualquier disidencia política del campo profesional de los historiadores en la Unión Americana, que para garantizar la cientificidad de la historia. La misma tradición turneriana de la historia fue revestida con los ropajes de la cientificidad en la universidad americana y desde ahí perpetuada por los estudiosos que reproducían el mito del pionero y la doctrina del destino manifiesto.

No obstante, en los años 60 ese consenso sostenido por la academia americana se vino abajo y surgió la necesidad de hacer un nuevo tipo de historia que pudiera representar toda la

⁷ Al respecto véase: David J. Weber, *Foreigners in their own land. Historical Roots of the Mexican American*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1973, y “Scarce more than Apes:” Historical Roots of Angloamerican Stereotypes of Mexicans,” en David J. Weber, *Myth and the History of the Hispanic Southwest*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1987.

complejidad de una nación como Estados Unidos, y construir desde ahí una representación del pasado más incluyente. Así cada grupo hizo su historia, los marxistas, los negros, los nativos, las mujeres y los migrantes. El descontento, dice Novick, era alimentado por la guerra de Vietnam, el clima contracultural de la época y por los movimientos pro-derechos humanos (pp. 511-512). Lo que sucedió en las décadas siguientes fue la aceleración de la fragmentación de un pasado que se había pretendido homogéneo y unificado bajo el faro de la verdad alcanzada mediante el trabajo de archivo que garantizaba una pretendida neutralidad académica (pp. 560-561).

En esta coyuntura la historiografía de tradición turneriana, fue cuestionada por los chicanos. En palabras de Richard Griswold del Castillo, la generación de mexicoamericanos que lucharon por sus derechos en Estados Unidos, también buscó representarse a sí misma en la historia de su propio país, (1994, p. 155). En concreto, a principios de los 70s los historiadores chicanos usaron el modelo del colonialismo interno para explicar la subordinación a la que eran sometidos en los mexicoamericanos en Estados Unidos (Almaguer, 1987, p. 8). Por ejemplo, la obra pionera de Rodolfo Acuña: *Occupied America: The Chicano's Struggle Toward Liberation* (1972) exponía que la situación de los chicanos era similar a la que vivían otros pueblos del tercer mundo al ser colonizados y vivir oprimidos por el imperialismo estadounidense.⁸ Según Alex Zaragoza (1987, p. 9), se trataba de rechazar la perspectiva asimilacionista de la historia americana y planteaba claramente un problema de alteridad, de una relación tensa y problemática entre el ellos y nosotros, entre anglos y chicanos.

Sin duda, la obra de Acuña, fue determinante para inspirar a lo largo de los años ochenta una buena cantidad de textos,

⁸ En el texto de Acuña hay un eco de la historia social marxista cultivada en el mundo angloparlante desde los años 50's, y de la teoría poscolonial representada en sus albores por Franz Fanon y *Los condenados de la tierra* (1961).

la mayoría de ellos centrados en la historia urbana de California y en alguna medida de Texas. Las monografías de Albert Camarillo, *Chicanos in a Changing Society: From Mexican Pueblos to American Barrios in Santa Barbara and Southern California* (1979), seguida de *The Los Angeles Barrio, 1850-1890* (1979), de Richard Griswold del Castillo, son representativas del periodo. Para éste último, la historia del pueblo chicano realmente inicia justo después de la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo, y deja atrás el periodo español y mexicano, con el que ya no distingue lazos. Su perspectiva está centrada en la transición que viven los mexicanos en California después de 1847, cuando dejan atrás el sistema mexicano para adaptarse al estadounidense. Así mismo, Griswold del Castillo (1982), puntualiza la forma en que el chicano se transforma en subordinado o colonizado en su propia tierra, para terminar siendo discriminado y hostigado por los angloamericanos. Como ejemplo, documenta la oleada de los linchamientos de mexicanos en el siglo XIX, y denuncia la inequidad del sistema jurídico que los condenaba a juicios simulados (p. 105). En este proceso, el barrio se convierte en una unidad fundamental para los mexicoamericanos donde lenta, pero inexorablemente habrán de ser confinados, debido a la política de segregación racial que se fue intensificando hacia 1880 (p. 146).

La historiografía chicana también ha revisado los problemas comunes entre Estados Unidos y México desde 1847. Al menos la primera generación trabaja temas como la migración, la violencia y el crimen en la frontera, la relaciones interculturales entre la población de ambos lados, y fenómenos que han cobrado relevancia actual como el tráfico de drogas. Sobre el tema de la migración y su criminalización también destaca el texto pionero de Mario T. García, *Desert Immigrants: The Mexicans of El Paso, 1888-1920* (1982); y el de Juan Ramón García, *Operation Wetback: The mass deportation of mexican undocumented workers in 1954* (1980), por último habría que

agregar el aporte de Juan Gómez Quiñones y de David Maciel, *Al Norte del Río Bravo: pasado lejano (1600-1930)* (1981), sobre la historia laboral de los chicanos.

Como se puede apreciar en este recuento sumario, la mayoría de los historiadores chicanos centró su mirada en la política de segregación racial que enfrenta la población mexicoamericana y que impedía su pleno desarrollo en los Estados Unidos. Su análisis giró en torno a la formación del barrio en las zonas urbanas para el caso de California; la institucionalización de una política de despojo y de opresión en el mercado laboral rural en el caso de Texas como lo ilustra David Montejano, en *Anglos y mexicanos en la formación de Texas, 1836-1986* (1987). Este último texto, tiene una clara influencia de la historia social clásica muy apegada al concepto de subalternidad en donde claramente se distingue una cultura hegemónica, la angloamericana que hace patente las estructuras de dominación social y cultural, sobre la chicana o subalterna. De igual manera, los historiadores chicanos cuestionan la reproducción de los estereotipos sobre los mexicoamericanos y denuncian el trato diferenciado en el plano de la justicia, la educación, el trabajo y el espacio urbano y rural que es padecido por ellos como minoría subalterna.

El otro elemento importante en la historiografía chicana de los 70s y 80s, es el de la construcción de una identidad. Se puede constatar que en las primeras generaciones era muy importante el tema de concebirse a sí mismos como un pueblo distinto al mexicano, y que estaba en el Oeste, incluso antes de la llegada de los angloamericanos. De ahí la necesidad de buscar en la mitología prehispánica, un referente de identidad como lo fue Aztlán. De este modo, los chicanos se ven como los descendientes de la tribu mexica que había salido hacia el centro de México desde Aztlán, un lugar probablemente situado en el actual Nuevo México.⁹ Por lo tanto ellos, no habían hecho

⁹ Así puede verse en John R. Chávez, *The Lost Land. The Chicano Image of The Southwest*, Albuquerque, The University of The New Mexico Press, 1984.

otra cosa que regresar al lugar de origen de sus ancestros. Al filo de los años 80 se puede ver que este proyecto de creación de una identidad nacional se ve fuertemente tensionada por la política de homogenización cultural iniciada durante el gobierno de Reagan, que convirtió a los chicanos, en hispanos junto con todas las minorías latinoamericanas asentadas en la Unión Americana. Y precisamente por esto sería importante analizar que pasó o en que se transformó la historia chicana en las siguientes décadas. Algunos de sus practicantes originales siguen en activo, pero habría que ver cómo evolucionó en la última década este campo de estudio, luego de la “hispanización” de los chicanos.

Luego aparece, si se quiere tardíamente, *Legacy of Conquest. The Unbroken Past of The American West* (1987) de Patricia Nelson Limerick. El texto de Limerick ha sido considerado como un parteaguas en el estudio del Oeste americano y sobre todo como la piedra angular de la *New Western History*. Esta corriente hace una severa crítica a la tradición turneriana desarrollada desde el sector académico angloamericano, a la que se suma Donald Worster. Desde luego esta crítica, nos dice Woster (1992), no era nada nuevo pues ya Henry Nash Smith cuestionaba en *Virgin Land* (1950), la idealización del pionero en su viaje a la tierra prometida, pues se trata más de un invento que de un hecho histórico. Además Worster recupera las perspectivas antiturnerianas de Gerald Nash y Earl Pomeroy, quienes cuestionan el mito del hombre blanco que a caballo se abre paso a través de cielo abierto del Oeste, para redefinirlo desde una perspectiva basada en el desarrollo tecnológico (p. 9). De hecho, el mismo Woster se convierte en pionero de una historia ambiental del Oeste, donde procura medir el impacto que tuvo de la ganadería y la agricultura en la región. Esta perspectiva será enriquecida por autores como Richard White y William Cronon. Con este enfoque Worster se inclina por dejar de lado las visiones románticas de la conquista del lejano Oeste, y los

eufemismos para decir las cosas por su nombre: la expansión hacia el Oeste fue una acción imperialista (p. 12).

Así mismo, Patricia Nelson Limerick (1991, p. 283), cuestiona al que quizás ha sido el mayor difusor de la tesis de Turner: Ray Allen Billington, pues lo acusa de construir un mundo imaginario donde repite modelos preconcebidos. Desde su perspectiva, Billington es muy dado a representar a los pioneros con rasgos invariantes: trabajadores incansables, innovadores, demócratas, nacionalistas, individualistas, materialistas, y optimistas (p. 291). No obstante, el sustento “científico” de las premisas de Billington, descansan en buena medida en un personaje ficticio que aparentemente conquistó el Oeste. Limerick culmina su revisión afirmando que los relatos de Billington se mueven de manera constante entre lo que fue y lo que pudo ser, dando demasiado margen al mito, antes que a la historia.

La crítica de estos autores desde luego cimbró el pedestal donde se había encumbrado a Turner. Con la aparición de estas voces críticas fue más difícil defender una perspectiva histórica tan excluyente como la de Turner, y había por fin un reconocimiento del otro, que iba más a tono con el carácter multicultural de la sociedad estadounidense. También la noción de frontera se habría transformado, pues desde los 70s la idea de que habitábamos una aldea global cobraba fuerza. El desarrollo de las telecomunicaciones había posibilitado que el mundo se convirtiera en una gigantesca red mundial, y a partir de entonces el sentido de la distancia y de la espacialidad se transformó de manera definitiva.

A este proceso habría que agregar de igual manera, el viaje hacia una economía de libre mercado, luego de la crisis del modelo keynesiano vigente en el sistema capitalista, y el consiguiente proceso de desmantelamiento de las barreras arancelarias, para terminar con la conformación de amplias zonas de libre comercio, que parecieron en su momento diluir las fronteras políticas. Así parecíamos habitar un mundo que

en apariencia, luego del colapso del bloque socialista en 1989, había logrado establecer sociedades más democráticas e igualitarias donde las fronteras se habían tornado porosas ante el incesante intercambio de bienes y servicios. En este mundo desbocado, para retomar la noción de Giddens (2002), se buscaba la atenuación de las fronteras, la apertura y la integración de bloques comerciales que se materializaron al menos en América del Norte, con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1992.

De cara a este escenario aparece una historia transnacional cuyo pionero es el historiador australiano Ian Tyrell. En buena medida, lo que buscaba Tyrell a principios de los años noventa era internacionalizar la historia americana, o contarnos la historia de Estados Unidos desde una perspectiva global. A este proyecto se sumó pronto el historiador Thomas Bender, quien explícitamente reconoce la necesidad de dejar la soberbia aislacionista que había caracterizado a buena parte de la historiografía angloamericana, que no dialogaba con nadie, ni incluía a nadie que no fuera el grupo angloamericano en su narrativa.

Para Bender (2011, p.17), era necesario escribir una nueva historia que sin abandonar el marco nacional, preparara mejor a la juventud de su país para ser ciudadanos de una nación multicultural en un mundo globalizado. Desde su perspectiva, era necesario dejar ya de lado la tradicional narrativa turneriana cuya función era disimular la acción imperial estadounidense describiéndola de manera eufemística como la expansión hacia el Oeste, y utilizando el tropo de la libertad como justificación ideológica (p. 198). Para Bender, los estadounidenses suelen contar la historia de un imperio que hace el bien, sin reflexionar sobre la ciega ambición que lo impulsa, y esta actitud queda bien simbolizada en la figura del capitán Ahab quien persigue a la ballena *Moby Dick* en el relato clásico de H. Melville.

Para terminar con este *Mea culpa*, el autor señala que con frecuencia los estadounidenses han malinterpretado

repetidamente la cultura, las ideas y las aspiraciones de los demás pueblos y naciones (p. 205). Con esto se pronuncia en contra del “provincianismo” historiográfico y rechaza la excepcionalidad de la Unión Americana, pues sus acciones y objetivos no distan mucho de otros imperios. Estados Unidos es pues un imperio entre otros imperios, muy eficiente eso sí, pero igual de cruel y de ambicioso que todos los que ha visto nacer y morir la humanidad a lo largo de su historia.

FREDERICK JACKSON TURNER EN LA ERA GLOBAL, O DE LA FRONTERA, EL MIEDO Y EL OTRO

La autocrítica de Bender a la idea del excepcionalismo americano era radical y contundente en un contexto global, y parecía que incluso las visiones de Turner y Bolton podían actualizarse y crear perspectivas más abiertas y flexibles. Así lo creyeron Jeremy Adelman y Stephen Aron, quienes escribieron un provocativo ensayo que apareció en 1999 en la *American Historical Review*, donde exhumaron la noción de *Borderland* acuñada por Herbert Eugene Bolton. En “*From Borderlands to Border: Empires, Nation-States, and the peoples between in North American history*”, inician reconociendo que la tesis de la frontera de Turner implicaba una perspectiva imperial, anglocéntrica y triunfalista de la conquista continental. A su juicio, el concepto fue resignificado por autores posteriores como una zona de interacción entre culturas, por ello les pareció más pertinente el concepto de *borderland*, definido como perímetro de los imperios coloniales donde había una cohabitación entre los nativos y los colonos recién llegados (1999, pp.814-815). Las *borderland* también pueden pensarse, según los autores, como tierras limítrofes en disputa en Norteamérica, entre España, Inglaterra y Francia que luego se transformaron en fronteras claramente definidas.

Para ellos, existieron tres grandes *borderlands* que después derivaron en fronteras claramente delineadas: los grandes lagos, el valle del río Missouri, y la cuenca del río Grande o Bravo (1999, p. 817). La primera se disputa entre ingleses y estadounidenses, para quedar finalmente en manos de estos últimos. Mientras que en la segunda, el valle del río Missouri, había presencia francesa y luego española. Cada quien, nos dicen los autores, dejaron su huella colonizadora, y su marca especial en lo que se refiere a las relaciones con los nativos. No obstante, franceses y españoles, también fueron superados por los angloamericanos después de lograr su independencia de Inglaterra (1999, p. 825). De igual manera, Aron y Adelman consideran que el septentrión novohispano o la cuenca del Río Bravo eran una *borderland* o tierra en disputa, pues no tenía límites establecidos. Señalan que si bien los españoles habían ocupado en primer término estas tierras, también habían sido incapaces de poblarlas y de conquistar a los indios, por lo que abrieron la puerta para los colonos de origen anglo, quienes acabaron por quedarse con estos territorios “en disputa” (1999, p. 827).

A pesar de la promesa de una narrativa renovada por un horizonte global y postnacional que parece difuminar las fronteras, los autores vuelven al típico relato concebido por Turner y potenciando por Billington y Weber. El pionero angloamericano se expande territorialmente por el vasto espacio de Norteamérica, superando a todos sus competidores, poblando el dominio que los españoles mantienen precariamente, y desplazando a los nativos de sus tierras. Incluso los autores utilizan eufemismos para describir este proceso, pues afirman que cuando los indios “fallaron” en “asimilarse” rápidamente, Jefferson y sus agentes descartaron los “altos ideales” en favor de una política más pragmática para “persuadir” a los indios de ceder sus tierras y moverse al Oeste (pp. 827-828). Por supuesto, ya sabemos que la política hacia los nativos llegó

a ser muy “persuasiva”. Al final, no hubo espacio alguno para una sociedad intercultural en ninguna de las tres *borderland*, y de hecho como señalan Adelman y Aron, Missouri se volvió la puerta de entrada para el pionero en su expansión hacia al Oeste, cumpliendo así “destino manifiesto” (1999, p. 829).

Desde la perspectiva de Aron y Adelman, en el siglo XIX las fronteras se vuelven sólidas, pues la competencia por las *borderlands* termina y surgen los Estados nacionales. El destino de los jugadores que perdieron en esta competencia, fue el de volverse minorías, que según ellos recientemente han comenzado a ganar un lugar en las sociedades multiétnicas, como en el caso del Canadá (p. 841). De manera muy tenue, ambos autores concluyen que el derecho ancestral a la tierra de estos pobladores originales puede ser reclamado y ganado en tribunales, con ello restaurar un poco del poder y la autonomía que tuvieron en los tiempos de las *borderlands*.

Con esto terminan una narrativa sobre el Oeste, que en teoría se presenta como un relato más incluyente, pues reconocen que hay zonas de Norteamérica que están en disputa por los tres grandes imperios trasatlánticos: Inglaterra, Francia y España. Adelman y Aron tampoco tienen ningún reparo en aceptar que había diversos actores históricos en la región, pero su intento, si es que lo hubo, de construir una historia incluyente se queda muy corto. En primer término no renuncian nunca a la centralidad del pionero americano que cumple su destino manifiesto en las tierras del Oeste. Esto se ve claramente en su descripción de la segunda *borderland*, que no es más que el viejo relato de la disputa por la Luisiana entre ingleses, franceses y españoles. Y el tercer espacio en disputa que ellos denominan el Río Grande, no es otra cosa que la invasión de Estados Unidos a México en 1847. En resumen, el relato de Aron y Adelman, es absolutamente deudor de la trama histórica desarrollada por Turner, potenciada por Ray Allen Billington y llevada a su clímax por David J. Weber.

Y de hecho si recuperamos la perspectiva de Samuel Truett, la noción de *borderland* escondía una tendencia asimilacionista de parte de Bolton, pues la única forma de incorporar la historia de la colonización española en Norteamérica a la narrativa del pueblo estadounidense, era transformar a los frailes y a los conquistadores españoles en “*american pioneers*.” Stephen Aron y Jeremy Adelman quisieron retomar este concepto y ver *borderlands* a lo largo y a lo ancho del continente americano, desde Norteamérica hasta el Río de la Plata. Sobre estos intentos bien intencionados de construir una historia hemisférica, ya nos había prevenido hace tiempo Edmundo O’Gorman quien denunció al proyecto boltoniano como vanguardia del panamericanismo de Roosevelt y su política del buen vecino. Igualmente se puede señalar que detrás del discurso de Aron y Adelman, está la impronta de una perspectiva globalizante que sirvió para imaginar una integración regional a raíz de la firma del tratado de libre comercio en América del Norte, pero que era como se ha visto, más ficticia y discursiva, más que un verdadero proyecto integrador.

Lo que realmente retumba en este artículo, es la voz de Turner quien sirvió, como ya se ha explicado, de puente entra la tradición política imperial estadounidense y la historiografía académica. Por si hiciera falta más evidencia, Adelman y Aron, han dedicado sendos estudios sobre los pioneros angloamericanos en el sentido más clásico. A diferencia de Bender que cuestiona de manera autocrítica e introspectiva la historia de Estados Unidos, en el texto de Adelman y Aron hay un diálogo simulado y un intento aparente de establecer un puente de entendimiento con América Latina, pero lo hacen desde categorías que surgen de una tradición que hace apología del expansionismo estadounidense. En teoría, estos autores aceptan la conformación de Estados Unidos como una nación multicultural, pero con todo y su buena voluntad, ya se ha visto que el multiculturalismo esconde fines perversos, pues ha servido para legitimar la hegemonía de un grupo étnico sobre otros en un Estado nacional.

Hoy en día el sueño de un mundo global parece haberse esfumado, pues como bien han documentado ya numerosos autores, el miedo hacia todo aquello que viene del sur no es nada nuevo, y de cuando en cuando las políticas migratorias y la seguridad fronteriza se endurecen en el vecino país del norte. En el contexto actual, parece que ha regresado el mito de la frontera ampliamente difundido desde Turner, y por algunos políticos como Theodore Roosevelt, donde el Oeste se vuelve un lugar violento y peligroso que debe ser protegido, y limpiado a toda costa de presencias indeseables y potencialmente peligrosas para la seguridad y la cultura de la Unión Americana. Como botón de muestra, ya desde la década de los años treinta autores como Walter Prescott Webb, un turneriano, exaltaba la labor de la guardia fronteriza texana en texto aparecido en 1935, sobre los Texas Rangers.

Haciendo eco de estos miedos, Samuel Huntington hablaba ya desde los noventas de un choque de civilizaciones, y auguraba que la identidad americana acabaría por diluirse ante la marea incontenible de migrantes. Así lo establece de manera clara y contundente en un texto que se volvería profético: *Who we are?* el politólogo de Harvard creía que la América auténtica corría peligro de extinguirse. Quiénes somos pregunta, y luego responde: somos los que fundamos las trece colonias, no somos inmigrantes, somos colonos porque fundamos una comunidad culturalmente homogénea y primigenia; somos los que establecimos la ciudad en la colina, y nuestra identidad gira en torno a tres grandes cualidades: ser blancos anglosajones y protestantes. En este relato se puede ver como Huntington parte del mito de “la ciudad en la colina” creado por John Winthrop hacia 1630, donde se hablaba ya de una “misión puritana.” De ahí a los pioneros que emprendieron su viaje hacia el Oeste, hacia las “tierras vírgenes,” forjando instituciones excepcionales, cumpliendo así una misión única para la que estaban destinados, no hay realmente mucha distancia.

Hoy sabemos que esta perspectiva de la frontera es una opinión mucho más amplia y generalizada de lo que nos hubiera gustado pensar en la América blanca. La frontera es la frontera angloamericana, la que expandió el pionero angloamericano, el único poblador originario y legítimo del Oeste. Así lo pensó Frederick Jackson Turner cuyo legado persistente puede advertirse desde entonces y hasta ahora en los autores ya examinados, e incluso en el imaginario político actual. Los turnerianos, no escriben para comprender o incluir al “otro,” lo que han hecho es verse en el espejo, para retomar la metáfora de Francois Hartog, o para decirlo de otro modo, escriben sobre el otro para reforzar lo que no son, o lo que no quieren ser. Hasta aquí hemos analizado su imaginario, tratando de entender su lógica cultural, y analizando su retórica de la alteridad aunque sea de manera preliminar y parcial, porque como afirma Geertz, debemos reconocer que nunca podemos aprender eficazmente la imaginación de otro pueblo o de otro periodo como si se tratase de la nuestra, pero debemos intentarlo para escapar una perspectiva cultural autorreferencial y excluyente, no importa cuánto nos horrorice o cuán distante esté de nosotros el otro que nos define y nos representa en sus propios términos.¹⁰

BIBLIOGRAFÍA

Adelman Jeremy y Stephen Aron, “From Borderlands to Border: Empires, Nation-States, and the peoples between in North American history”, *The American Historical Review*, vol. 104, no. 3, 1999.

¹⁰ Clifford Geertz (1994, p. 60), analiza los rituales funerarios de los reyes en Bali donde las esposas eran quemadas vivas junto al cadáver del monarca, este espectáculo producía una extraña mezcla entre horror y fascinación en el ojo del occidental.

- Aron Stephen, *How the West was lost. The Transformation of Kentucky from Daniel Boone to Henry Clay*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1996.
- Almaguer Tomás, “Ideological Distortion in Recent Chicano Historiography: The Internal Model and The Chicano Historical Interpretation”, *Aztlán*, 1987, vol. 18, no. 1, p. 8.
- Bender Thomas, *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones*, Madrid, S. XXI, 2011.
- Billington Ray Allen, *La expansión hacia el Oeste. Historia de la frontera norteamericana*, tomo I, Buenos Aires, Ed. Bibliográfica argentina, 1971.
- Carrigan William D. y Clive Webb, *Forgotten Dead. Mob Violence Against Mexican in the United State 1848-1928*, Nueva York, Oxford Universty Press, 2013.
- Chávez John R. *The Lost Land. The Chicano Image of The Southwest*, Albuquerque, The University of The New Mexico Press, 1984.
- DunnTimothy J., *The militarization of the U.S.-Mexico border, 1978-1992*, Austin, University of Texas at Austin, 1997.
- Fannon Franz, *Los condenados de la tierra*, México, FCE, 1961.
- Gadamer Hans-Georg, *Verdad y método I*, Salamanca, Sígueme, 1993.
- Geertz Clifford, “Hallado en traducción: sobre la historia social de la imaginación moral.” En *Conocimiento local. Ensayo sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona, Paidós, 1994.
- Giddens Anthony, *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, México, Taurus, 2002.
- Griswold del Castillo Richard, *The Los Angeles Barrio, 1850-1890. A social history*, Berkeley, The University of California Press, 1982.
- _____, “Una década de historia chicana: revisión historiográfica y crítica,” *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, Instituto Mora, 1994.

- Harris III Charles H. y Louise R. Sadler, *The Texas Rangers and Mexican Revolution. The Bloodiest Decade, 1910-1920*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 2004.
- Hernandez Kelly Lytle, *Migra! A History of U.S Border Patrol*, Berkeley, The University of California Press, 2010.
- Huntington Samuel, *El choque de las civilizaciones y la reconstrucción del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1996
- _____, *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*, Nueva York y Londres, Simon and Schuster, 2004.
- Kagan Richard L. "From Noah to Moses: the genesis of historical Scholarship on Spain in The United States," en Richard L. Kagan, (edited), *Spain in America. The Origins of Hispanism in The United States*, Urbana y Chicago, University of Chicago Press, 2002.
- Keen Benjamin, "Main Currents in United States Writings on Colonial Spanish America, 1884-1984," *The Hispanic American Historical Review*, vol. 65, Nov. 4, 1985.
- Koselleck Reinhardt, *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Mack Faragher, John, *Daniel Boone, The life and legend of an American Pioneer*, New York, Holt, 1992.
- Nevins Joseph, *Operation Gatekeeper and Beyond. The War on "Illegals," and the Remarking of the U.S-Mexico Boundary*, Nueva York y Londres, Routledge, 2002.
- Nieto-Phillips John M., *The Language of Blood. The Making of Spanish-American identity in New Mexico, 1880s-1930s*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2004.
- Novick Peter, *Ese noble sueño: la objetividad y la historia profesional estadounidense*, México, Instituto Mora, 1997.
- San Miguel, Pedro L., "La representación del "atraso," o la dimensión fáustica del conocimiento histórico," en "Muchos Méxicos." *Imaginario históricos sobre México en Estados Unidos*, México, Instituto Mora, 2016.

- Said Edward, *Orientalismo*, Madrid, Debate, 2013.
- Taylor Hansen, Lawrence Douglas, "El desarrollo histórico del concepto de frontera," en Manuel Ceballos Ramírez, *De historia e historiografía de la frontera norte*, Tamaulipas, IIH-UAT, Colef, 1996.
- Turner Frederick Jackson, "The Significance of The Frontier in American History," en *Rereading Frederick Jackson Turner*, with Commentary by John Mack Faragher, Nueva York, Henry Holt, 1994.
- Truett Samuel, "Epics of the Great America. Herbert Eugene Bolton's Quest for a Transnational American History," en Christopher Schmidt-Nowara y John M. Nieto-Phillips, (eds.), *Interpreting Spanish Colonialism. Empires, Nations and Legends*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2005.
- Weber David J., *The Taos Trappers. The fur trade in the Southwest, 1540-1846*, Norman, The University of the Oklahoma Press, 1971.
- _____, *Foreigners in their own land. Historical Roots of the Mexican American*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1973.
- _____, "Scarce more than Apes:" Historical Roots of Angloamerican Stereotypes of Mexicans," en David J. Weber, *Myth and the History of the Hispanic Southwest*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1987.
- Webb Walter Prescott, *The Texas Rangers. A century of Frontier defense. Foreword by Lyndon B. Johnson*, Austin, University of Texas Press, 1989.
- Worster Donald, "Beyond the Agrarian Myth," en Worster Donald *Under Western Skies, Nature and History in American West*, New York, Oxford, Oxford University Press, 1992.
- Zaragoza Alex "Recent Chicano Historiography: An interpretative Essay." *Aztlan*, vol. 19. no. 1. (Spring, 1988-1990).

